

«La policía nos trata como a perros»

Los gitanos sufren mudanzas continuas en Francia tras un año de expulsiones masivas

RAQUEL VILLAÉCIJA / París
Especial para EL MUNDO

La involuntaria peregrinación de Sandra se repite cuatro veces al día desde hace dos semanas: garrafa vacía en mano, recorre cuatro kilómetros a pie hasta llegar a un oasis de agua potable para después, garrafa con cinco kilos de peso sobre la espalda, deshacer el camino andado hasta su casa. Hace un año que esta joven gitana de 20 años, que se acaba de estrenar como madre, vive dando tumbos de un lado a otro dentro del mapa de París. Un viaje con parada en campos ilegales, parques y campamentos a pie de autopistas. Sus vecinos inseparables en el periplo son los policías que dirigen las mudanzas.

«La regla es general. Los clandestinos serán devueltos a su país. Con este objetivo he pedido al ministro del Interior que ponga fin a la salvaje implantación de campos ilegales de gitanos». Hace también un año, el presidente galo, Nicolas Sarkozy, pronunciaba estas palabras en Grenoble. Su discurso fue el pistoletazo de salida de una campaña de desmantelamiento de campamentos ilegales y de expulsiones masivas de búlgaros y rumanos.

Un plan polémico, con críticas de la UE incluidas, y que acabó con

más de 9.000 repatriaciones y alrededor de 300 asentamientos desmantelados, según el Gobierno.

Sandra es una de las «clandestinas» en el punto de mira del Ejecutivo. Esta gitana nacionalizada española y residente en París acaba de hacer su última escala en el viaje propuesto por Sarkozy: una casa okupa en la barriada de Val de Marne. Pese a que ya tiene un techo bajo el que cubrir a su bebé recién nacido, aún debe hacer un sacrificio para poder darle de comer.

«Hace semanas que nos cortaron el agua y todos los días tenemos que recorrer kilómetros hasta una fuente para poder cocinar, lavar y limpiar», asegura en perfecto castellano Pamela, otra de las inquilinas del piso. Casi convertido en guardería, este hogar colectivo da cobijo a cinco familias. «Son privilegiados, al menos tienen un lugar en el que resguardarse. La mayoría vive entre basura o en chabolas a pie de carretera», asegura Charles Bouhanna, voluntario de Romeurope.

Y cierto es que son afortunados. Porque a escasos metros están sus compatriotas de Bucarest («se agrupan en función de su ciudad de origen», explica Bouhanna). Hace tres meses que improvisaron su nuevo hogar junto a la autopista, una «zona



Una mujer gitana en la barriada parisina de Val de Marne. / RAQUEL VILLAÉCIJA

de no derecho», en palabras de Sarkozy. La nana que acuna a sus retoños es el rún-rún de los coches y las motos. En este pequeño Bucarest de asfalto la pelea no es por el agua, sino por conseguir un camión para limpiar la basura y los escombros que rodean las casetas.

La mayoría de los vecinos de este barrio llegan rebotados de una España que ya no les puede ofrecer un empleo. «Vínimos a Francia tras perder el puesto porque pensábamos que aquí habría trabajo, pero nos hemos encontrado con que la situación es peor todavía», asegura Alexandre. Para su colectivo, la situación, un año después de que Sarko iniciara el desmantelamiento de los asentamientos, sigue igual. El juego del gato y el ratón no ha cesado. «Siguen instalándose donde pueden, construyen sus casas y viven hasta que la policía les echa. Entonces se desplazan a otro lugar y vuelta a empezar», explica Danielle, de Romeurope. «Nos tratan como a perros. Cuando conseguimos montar el campamento, nos desalojan y tenemos que volver a construirlo en otro sitio», asegura Anika, otra de las inquilinas.

Según un informe difundido por Médicos del Mundo, la política gubernamental de expulsiones ha empeorado, si cabe, las condiciones de vida de este colectivo. «Están sin agua corriente, sin medidas de higiene, lo que está favoreciendo el desarrollo de enfermedades como la tuberculosis», dice el documento de la ONG. Según Romeurope, en Francia viven 15.000 gitanos, 800 en Val de Marne, a escasos kilómetros del lujo y el glamour de París.